

A large, light blue, stylized letter 'A' is centered on a dark blue background. The background features a white grid of intersecting lines and a pattern of darker blue, irregular shapes that resemble a map or abstract landscape.

5.

**Acción colectiva
de la comunidad LGBT
en Bogotá (1976-2008)**

Acción colectiva de la comunidad LGBT en Bogotá (1976-2008)*

Por *Leidy Jazmín Torres Cendales***

Introducción³

Lo que conocemos hoy como movimiento o comunidad LGBTi (lesbianas, gays, bisexuales, transgeneristas, transexuales e intersexuales) es el resultado de procesos de construcción colectiva relativamente recientes, y la demarcación de su origen e historia está fuertemente ligada a la perspectiva teórica que los analistas han utilizado para interpretar su conformación, trayectorias, medios y objetivos alcanzados e inconclusos.

Basado en la teoría de los procesos sociales, el politólogo Carlos Alberto Gámez ha afirmado que el movimiento LGBT es el resultado del aprovechamiento de diversas oportunidades políticas (Gámez

* Artículo recibido en abril de 2013
Artículo aprobado en mayo de 2013

** Historiadora y estudiante de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

3 Este artículo se realizó gracias al apoyo de la Beca Estudiante Sobresaliente de posgrados otorgada a la autora por la Vicerrectoría Académica de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, desde el año 2012. El texto es producto del Seminario “Acercamientos teóricos e históricos a la subjetividad, la acción colectiva y los movimientos sociales”, realizado por los profesores Mauricio Archila y Leopoldo Múnera en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, durante el primer semestre de 2013.

2008, 8), entendidas como “dimensiones consistentes —aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales— del entorno político, que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente” y son el producto de recursos exteriores al grupo, “cuando los ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué son vulnerables las elites y las autoridades” (Tarrow 1997, 49). Entre estas oportunidades, el autor resalta la influencia de las ideas del movimiento estudiantil francés luego de los sucesos de Mayo del 68 y la expansión de las corrientes comunistas, trotskistas y maoístas que se sentían con fuerza en Bogotá en la década de los 70; la despenalización de la homosexualidad en 1980, durante el gobierno de Julio Cesar Turbay; la proclamación de la Constitución de 1991 y los encuentros nacionales realizados por Planeta Paz entre 2001 y 2002 (Gámez 2008, 16, 20-21, 25 y 31 respectivamente).

Para Gámez, dichos sucesos permitieron el cuestionamiento de la norma machista y heterosexual desde una posición de izquierda, transformaron paulatinamente los fundamentos católicos y conservadores que habían regido el país desde 1886, cimentaron el Estado social de derecho de carácter laico y posibilitaron la creación de la Corte Constitucional, la instauración de la acción de tutela y la declaración del derecho al libre desarrollo de la personalidad, un contexto que propiciaría la conformación de grupos y organizaciones dedicados a reivindicar los derechos de la población LGBT. Adicionalmente, entre 1991 y 1993, las demandas de las minorías indígenas y afrodescendientes se integraron a la agenda nacional, lo cual proyectó un horizonte de oportunidades para las luchas de lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas, quienes desde ese momento abogarían por su contemplación como una conjunto de individuos igualmente excluidos y discriminados en términos jurídicos y sociales.

Gámez asevera entonces que el movimiento LGBT tendría una historia cíclica: se inicia con la apertura de las oportunidades políticas, sigue con su crecimiento a través de la creación de marcos de sentido y la conformación de repertorios de protesta entre 1990 y 2004, y decae, en parte, por la integración de sus demandas en el Estado. En Bogotá particularmente, este último proceso es ejemplificado por el autor con el Decreto 608 de 2007, del alcalde Luis Eduardo Garzón, en el cual se oficializó la política pública LGBT; eso provocó la inserción de varios actores en el consejo consultivo y las entidades distritales, que a su vez desembocó en el paulatino desmembramiento del movimiento (Gámez 2008, 46).

En mi opinión, si bien las oportunidades políticas constituyeron un elemento importante para fomentar la acción colectiva LGBT, la historia de este movimiento demuestra que su aparición y trayectoria son el producto de la coexistencia de factores que deben ser analizados a la luz de otras fuentes teóricas. Siguiendo los planteamientos de Antonio Rivas, los problemas sociales y la apertura de espacios institucionales no motivan por sí mismos la conformación de movimientos sociales, pues para ello se requiere la construcción de marcos de sentido: un conjunto de creencias y significados que inspiran y legitiman las actividades de los movimientos, dan sentido al mundo social de los participantes y ayudan a conformar sus propias identidades personales y colectivas (Rivas 1998, 205-207). Las identidades son el resultado de significados que las personas atribuyen a su situación e incluyen un juicio cognitivo sobre la injusticia de la que son objeto, la conciencia de que es posible realizar cambios a través de la acción colectiva fomentando la agencia de los sujetos y la definición de un “nosotros”, en oposición a un adversario que activa el potencial de acción de los movimientos (Ibid 190).

Para el caso del movimiento LGBT, el aprovechamiento de las oportunidades políticas solo fue posible a medida que líderes homosexuales y asociaciones de apoyo a gays, lesbianas y

transgeneristas constituyeron marcos de sentido previos, entre 1970 y 1990; comenzando el nuevo milenio, la iniciativa de la organización Planeta Paz, una oportunidad política por fuera del plano estatal, permitió a varios colectivos trazar una agenda común y consolidar redes que, aunque carecen de una acción unificada o centralizada, han promovido su trabajo en el espacio institucional, y sobre todo cultural y simbólico, donde ubican el escenario de sus reivindicaciones.

Igualmente, la presencia de la comunidad LGBT en la esfera pública actual cuestiona su declive una vez hecha la reglamentación de la política pública distrital en 2007, y más bien nos permite catalogarlo como un “nuevo movimiento social”, definido por el sociólogo Alberto Melucci como una pluralidad de individuos, grupos y organizaciones cuyas luchas giran en torno a conflictos culturales sobre la base de identidades colectivas compartidas (Melucci 1999, 69).

En concordancia con lo anterior, el presente trabajo se propone reconstruir la historia de las acciones colectivas del movimiento LGBT en la ciudad de Bogotá⁴ para exponer tres hipótesis. Primera, que las oportunidades políticas no determinaron de manera directa la aparición y desfallecimiento del movimiento y que es imposible encontrar un sentido causal lineal entre estas oportunidades y la construcción de marcos de sentido. En cambio, pensamos que ambos aspectos han sido complementarios y se han entrelazado recurrentemente en el desarrollo de la acción colectiva del movimiento. Segunda, que, en relación con el Estado, el movimiento LGBT ha mantenido una posición de interioridad-exterioridad (Múnera 2012, 56) y que, para

4 Si bien reconocemos que el movimiento LGBT no tiene una historia como tal en la ciudad de Bogotá, pues su constitución y trayectoria están ligadas a una experiencia nacional, en el presente trabajo me centraré en las acciones colectivas llevadas a cabo en la capital, pues un marco geográfico más amplio requiere una investigación a fondo, dada la escasez de fuentes en otros contextos. Aun así, haré referencia a ciertas relaciones de los colectivos de Bogotá con otros de varias ciudades, en especial Medellín.

lograr su cometido, se ubica dentro y fuera de las instituciones. Tercera, que antes de desaparecer bajo lógicas de captura, lo que podemos advertir es la transformación del movimiento LGBT en un “nuevo movimiento social”, caracterizado por su organización en red, la diversificación de sus formas de acción, su incidencia frente a la opinión pública y su interés por visibilizar y controvertir códigos dominantes presentes en la vida cotidiana de la sociedad.

La confluencia de estos elementos ha permitido al movimiento LGBT crear redes y prácticas que no han necesitado una organización única para mantenerse vigentes, obteniendo logros que van desde la satisfacción de exigencias por parte del Estado hasta la escenificación y consolidación del tema de la orientación sexual y el género en la opinión y en los espacios públicos y privados, un paso fundamental para deconstruir los prejuicios culturales fuertemente arraigados contra ellos en nuestra sociedad.

Conformación de marcos de sentido

Los movimientos a favor de los hombres homosexuales estuvieron entre los primeros en aparecer en el contexto mundial, y aunque algunos autores sitúan su emergencia a finales del siglo XIX, fue en el periodo posterior a la Segunda Guerra cuando ellos se visibilizaron ampliamente. En Europa, diversos grupos “homófilos”, que tenían como fin eliminar la carga sexual y el imaginario promiscuo del homosexual, surgieron entre 1948 y 1960 y fueron posicionándose en espacios académicos para deslegitimar científicamente los argumentos negativos de las personas atraídas por otras del mismo sexo (Noir 2013, 134). 1969 sería el año más representativo para estas colectividades. El 28 de junio del mismo, como resultado de una violenta redada policial hecha en el bar Stonewall, ubicado en el barrio neoyorquino Greenwich Village, se desarrollaron diversas

marchas y enfrentamientos de personas homosexuales para exigir la despenalización de su conducta. Ese día se convertiría en un hito, y cada año se realiza en esa fecha la marcha del “orgullo gay”, que en Bogotá se ha denominado “Marcha por la Ciudadanía Plena de las Personas LGBT”.⁵

Ya en el decenio de los 70, unido a la lucha antiimperialista por la guerra de Vietnam y Argelia y por los movimientos a favor de los derechos civiles, se conformó en Estados Unidos el Frente de Liberación Gay (GLF), que rápidamente se extendió por países como Canadá, Francia, Reino Unido, Bélgica, Países Bajos, México, Argentina, Australia y Nueva Zelanda, cimentando lo que en 1978 sería la International Lesbian and Gay Association (Ilga), cuyos fines iban más allá de la eliminación de la homosexualidad como delito y se extendían a la integración y equiparación de derechos de dichas poblaciones (Noir, 136-137). Las luchas desplegadas en Europa y Estados Unidos tuvieron un gran eco en Latinoamérica y en Colombia, por lo cual la década de los 70 marcaría el nacimiento de diversos proyectos de agrupación y acción colectiva de gays, lesbianas y transgeneristas en el país y en su capital.

Desde los años 40 se había constituido en Bogotá un grupo cerrado de encuentro de hombres homosexuales, denominado “Los Felipitos”, aunque su existencia fue bastante efímera y poco se conoce al respecto (Gámez, 15). El “acceso carnal homosexual” fue delito en el país entre 1936 y 1980, y si bien la norma se aplicó raramente debido a las nociones psiquiátricas que intervinieron para catalogar dicha conducta como una enfermedad (Bustamante 2008, 114 y 120), la criminalización y medicalización de la figura del homosexual dificultaron la asociación pública de personas que compartían esa

“condición” y las expusieron a constantes abusos, especialmente por parte de la policía (Gámez, 16).

Aún así, en 1976 estudiantes, profesores universitarios y artistas, entre quienes se destacaron Manuel Velandia y Guillermo Cortez, llevaron a cabo reuniones semanales en la biblioteca religiosa Emmanuel Mosnier para tratar el tema. Durante casi tres años, estas tertulias transcurrieron bajo la denominación de Grupo de Encuentro por la Liberación de los Güeis (Gelg), el cual, entre talleres artísticos y conversatorios académicos, buscó consolidar redes de apoyo a personas homosexuales y promovió su aceptación y acción en contra de un marco socio-político “falocéntrico y machista” (Gámez, 17 y 163). Simultáneamente, en Medellín, el reconocido líder León Zuleta fundó el periódico *El Otro* para cuestionar la “opresión genital del placer”, vencerla y liberarse “haciendo el amor”, y, en resumen, luchar por la “apropiación del cuerpo individual” (*El otro*, 6). En 1978 Zuleta creó igualmente el Grupo de Estudio de la Cuestión Homosexual (Greco), con participación de estudiantes de la Universidad de Antioquia, y, de forma excepcional, integró y abrió el espacio a las mujeres, conectando al colectivo con los grupos feministas que se venían fortaleciendo contra el monopolio masculino de la palabra y del espacio público (Planeta Paz 2002, 13).

Ambos grupos, Gelg y Greco, se integraron a la Ilga y posteriormente serían descritos por el sector LGBT de Planeta Paz como colectivos de identidad internacionalista, más masculina que femenina, urbana y de la clase media educada, y mayormente marcada por el consumo que por la lucha política, características éstas muy similares a las del movimiento homosexual estadounidense (Planeta Paz 2002, 16). Sin embargo, después de ser expulsado de las instalaciones de la biblioteca en 1979 y del intento fallido de continuar con sus sesiones en el Parque Nacional (Gámez, 16-17), el Gelg, encabezado por Manuel Velandia, hizo un llamado a la consolidación del Movimiento de Liberación Homosexual de Colombia, a través del manifiesto ¿Un

5 Secretaría de Integración Social. Marcha por la ciudadanía LGBT. Disponible en línea: <http://www.integracionsocial.gov.co/modulos/contenido/default.asp?idmodulo=886>. (Consultado en junio 23 de 2013).

movimiento de liberación homosexual, para qué?, que distaba mucho de la imagen esbozada de forma retrospectiva por el sector LGBT de Planeta Paz.

En el documento, Velandia enfatizó en “el ghetto Guèi”, o sea, la supuesta libertad gozada por los homosexuales en bares, cines o cualquier lugar cerrado y clandestino, y planteó la necesidad de conquistar las siguientes reivindicaciones: 1. “Ser aceptados socialmente en nuestra real identidad” como “seres normales, aun cuando no respondamos a la normalidad estipulada por los celosos celadores del orden dado”. 2. Cuestionar la sociedad “que pretende encarrilar castrando cualquier posibilidad que atente contra sus «principios morales», puestos para salvaguardar el «orden natural» que nos aliena sexual y políticamente”; la familia que “nos programa para desempeñar roles preestablecidos” y la religión “que identifica el placer con pecado, potenciando complejos de culpa que transforman en inadmisibles el goce total”. 3. Explorar “nuestra sexualidad, disfrutarla y expresar públicamente nuestro deseo, en el mismo lenguaje usado para expresar el deseo de comer, dormir, etc.”. 4. Redescubrir y desgenitalizar el placer mediante la “desinstitucionalización de nuestras zonas erógenas y el cambio de los procesos educativos que nos limitan mentalmente y nos sitúan al margen”; y, finalmente, “lograr mecanismos de proyección social y un total despliegue en las demás esferas de la realidad” (Velandia 1979).

Ciertamente, el retrato del Movimiento de Liberación Homosexual (Mlhc) del sector LGBT de Planeta Paz concuerda con el estatus, en su mayoría urbano e intelectual, de sus miembros, y su conexión con demandas posicionadas en el ámbito internacional. Sin embargo, en el manifiesto de este colectivo, Velandia criticó con vehemencia que la identidad homosexual hubiera encontrado su locus en prácticas de consumo y sitios específicos para gays. Además, el mismo autor recalzó que la acción del movimiento no era contra “el otro sexo” y, al contrario, hizo un llamado a las mujeres lesbianas y demás minorías sexuales para trabajar “hombro a hombro” con el fin de

eliminar la opresión y la represión, salir del “ghetto”, comunicarse y hacer parte del grupo. Esta convocatoria se extendió también a otros colectivos organizados por los mismos años, como Trina, forjada por la transgenerista Charlotte Schneider Callejas para defender a las trabajadoras sexuales travestis de Bogotá de los abusos policíacos y luchar por conseguir la transformación calificada de sus cuerpos (Gámez, 15).

El Mlhc conformó alianzas con otros grupos homosexuales de Cali, Medellín, Bucaramanga y Armenia, que consiguieron crear un marco de sentido común que partía de varios elementos. Primero, el señalamiento y rechazo del que eran víctimas quienes cuestionaban los parámetros heterosexuales y patriarcales. Segundo, la relación de antagonismo con instituciones como la Iglesia católica, la familia y la sociedad en general, que producían y reproducían estereotipos y los sistemas de segregación que los sustentaban. Y, tercero, la importancia de la acción colectiva para incidir sobre el aparato educativo, proyectar y conectar el movimiento con otras reivindicaciones sociales y posicionar sus demandas en la esfera pública, ya fuera mediante la expresión abierta de sus orientaciones y su diversidad sexual y de género, o acudiendo a la participación política. En este último aspecto, el Mlhc mostró su afinidad con el Partido Liberal, que llegó al poder en 1978 con Julio César Turbay y logró la despenalización de la homosexualidad mediante el Decreto 100 de 1980.⁶

El Mlhc forjó marcos de significado estructurados y reforzó las redes materiales (Eyerman 1998, 143) creadas en Gelg, Greco y otros grupos constituidos por los mismos años. En ese hilo de ideas, el manifiesto del movimiento evidenció los criterios de injusticia a los

⁶ Decreto 100 de 1980 (enero 23). Diario Oficial, No. 35.461, febrero 20 de 1980. Disponible en línea: ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/codigo/codigo_penal_1980.html (consultado en junio 20 de 2013).

cuales estaba sometida la población LGBT, la necesidad de actuar para transformar esa situación de desigualdad y el intento por crear identidades que se opusieran a las instituciones y prácticas sociales de discriminación.

El Mlhc forjó un marco interpretativo de la realidad alternativo al predominante, y se insertó en la lucha por el significado de la sexualidad y los roles de género. Por tal razón, la identidad, la solidaridad y sus objetivos claramente contestatarios se constituyeron en la piedra angular del movimiento. Derivado de esto, se produjo un alineamiento de marcos, es decir, la unión de los individuos con las orientaciones interpretativas que se le dieron al movimiento, y los intereses y valores de los sujetos se volvieron representativos y complementarios para la organización (Rivas, 190 y 193).

No obstante, la década de 1980, marcada en Colombia por la lucha contra el narcotráfico, presentaría una situación ambivalente para la población LGBT. En Bogotá, el movimiento consiguió desarrollar la Primera Semana Cultural Gay, el primer Encuentro Latinoamericano de Grupos Gays y Lésbicos y la primera Marcha por los Derechos de los Homosexuales, liderada por Velandia y Cortez; sin embargo, al mismo tiempo y tras el descubrimiento del sida, aumentó la violencia contra esta población estigmatizada (Gámez, 20-21).

El ambiente represivo obligó a los líderes del Mlhc a suprimir las jornadas del Día del Orgullo Gay y reemplazarlas por la participación de los militantes del movimiento en las protestas del Día del Trabajo, bajo la denominación de “Contingente de trabajadores homosexuales”. Los integrantes del mismo, buscando apoyo en esos espacios, se unieron a las manifestaciones estudiantiles adelantadas entre 1984 y 1985 (Gámez, 22).

De esa forma el Mlhc reorientó sus repertorios a mediados de los años 80, cuando tuvo que camuflar sus demandas, integrarlas a las de

otros sectores sociales y disfrazar a los grupos de reunión gay como colectivos de apoyo y educación sobre enfermedades de transmisión sexual, aunque su nombre delataba su función: Grupo de Ayuda e Información sobre Sida (Gais). Agrupaciones como los transgeneristas y los transexuales dieron continuidad a sus proyectos de defensa y visibilización, en especial a escala barrial, tal como ocurrió con las dirigentes Mahana e Ingrid en la barriada de Los Mártires (Gámez, 23), pero a finales de los 80 la batalla del movimiento en el plano institucional y público estaba seriamente debilitada.

A pesar de esto, el Mlhc y los colectivos que lo precedieron habían logrado la despenalización de la homosexualidad, un hecho explicado por Carlos Gámez como una oportunidad política externa pero que, sin duda, fue resultado de la visibilidad ganada por el movimiento en esos años y por las acciones incentivadas por su marco de sentido común. En vez de una causa, la despenalización de la homosexualidad fue un producto de la intervención del sector LGBT en la esfera pública.

Los años 80 presenciaron otros logros del movimiento, pues consiguió también unir esfuerzos estratégicos conscientes encaminados a construir interpretaciones compartidas del mundo y de los individuos que participaban en el Mlhc; centrar las reivindicaciones en las luchas por el significado de ser hombre, mujer u homosexual; señalar el problema de la segregación de los sujetos por su orientación sexual y su papel de género; atribuir a instituciones como la familia, la religión y el Estado la reproducción de esos aparatos de discriminación, y demostrar que el movimiento podía representar los intereses colectivos de las personas que compartían esa situación de exclusión, marcando como objetivo su aceptación en la sociedad y la reformulación de los valores morales sobre los que ella se sostenía.

De esta forma, el decenio de 1980 puede ser visto como un primer intento de enmarcar el movimiento, pues el liderazgo del Mlhc no fue definitivo y muchos actores LGBT se mantuvieron independientes

y difusos; aún así, estas organizaciones y grupos posibilitaron “reconocerse diferentes con otras y otros, y desde allí aunar esfuerzos en pro de un lugar social, cultural”, lo cual “puede ser visto como un aporte mínimo desde las nociones más comunes de la política [pero] en el caso de este sector representa un gran logro” (Planeta Paz 2002, 15). En este periodo estaba empezando a gestarse no solo un movimiento cultural sino también social (Eyerman, 157), y el posicionamiento en el plano político, imposible en el ambiente coercitivo de los 80, sería la cuestión que atañería al movimiento en los siguientes años.

La era de las oportunidades políticas

La década de los 90 del siglo XX empezó con un cambio sustancial en la visión de los comportamientos homosexuales. El 17 de mayo de 1990, la Organización Mundial de la Salud (OMS) eliminó esta orientación sexual de la lista de enfermedades mentales,⁷ acto que significó un incentivo para cambiar la noción negativa del homosexual a escala mundial. En Colombia, la promulgación de la Constitución de 1991 fue vista como la apertura hacia horizontes de acción renovados por parte de los grupos que habían venido trabajando el tema de la sexualidad y del género desde 1970, a pesar de su ausencia en la Asamblea Nacional Constituyente.⁸ La Carta de 1991 amplió el concepto de ciudadanía, reconoció el carácter multicultural de la nación, expresó el derecho al libre desarrollo de la personalidad,

7 “Cuando la homosexualidad se consideraba una enfermedad”. El Mundo, junio 24 de 2005. Disponible en línea: <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2005/06/24/medicina/1119625636.html>. (consultado en junio 19 de 2013).

8 Según Mauricio Albarracín, el movimiento era “demasiado joven, pequeño y poco influyente”, razón por la cual no participó en la Constituyente. (Albarracín 2009).

suprimió la confesionalidad del Estado y creó dos entidades que desempeñarían un papel fundamental en los repertorios de los grupos LGBT hasta la actualidad: la Corte Constitucional y la Defensoría del Pueblo (Sánchez 2011, 158).

Desligados de la criminalización y patologización, y con nuevas herramientas, como la Acción de Tutela, en los años 90 afloraron grupos y organizaciones de gays, lesbianas, bisexuales y transgeneristas que recogieron el ideal de años pasados de hacerse visibles y cambiar el monopolio de la heterosexualidad y los papeles de género propios del patriarcado. A pesar del asesinato del líder antioqueño León Zuleta en 1993,⁹ en Bogotá se fundaron innumerables colectivos homosexuales, como Generación Ángelus, Homegas, Red G&L y la Liga Colombiana de Lucha contra el Sida, y en 1999 se creó el primer colectivo de asistencia y apoyo psicológico para transgeneristas Transer, gestionado por la sicóloga Marina Talero (Planeta Paz 2002, 14 y 16). Manuel Velandia y María Janeth Pinilla instituyeron en 1993 la organización Equiláteros (Gámez, 26), un proyecto particular porque se planteó la integración de travestis y transgeneristas, que eran y son excluidos de la sociedad pero también de los mismos colectivos organizados (Cuartas 2013). Del mismo modo, las agrupaciones de lesbianas empezaron a ser más perceptibles, con los grupos Triángulo Negro, que también, con el correr de los años, ha incluido a mujeres bisexuales y “re-construidas desde la masculinidad”, el Colectivo Lésbico, con fines académicos, Mujeres al Borde, cuya actividad se sitúa en el ámbito artístico, y otras formaciones, como Solidaridad Lesbiana (SOL), Samkia y Dalai. (Gámez, 27 - Planeta Paz 2002, 14-15)

En la Universidad Nacional se fundó en 1995 el Grupo de Apoyo y Estudio de la Diversidad de Orientación Sexual (Gaeds), destinado a crear un lugar de socialización y discusión sobre derechos humanos y diversidad sexual (Gámez, 27), y al año siguiente, en la Universidad

9 “El movimiento homosexual en las revoluciones de los años 70”. El Otro 8.

de los Andes, el Grupo de apoyo a la Diversidad de la Orientación Sexual (Gados), que definió su misión así: “Establecer un espacio de participación, socialización y estudio de y para hombres y mujeres heterosexuales, homosexuales y bisexuales que buscan dinamizar un proceso de reconocimiento y tolerancia donde, a partir de diversos puntos de vista críticos y responsables, se profundice en el tema de la diversidad sexual y su perspectiva social, histórica y futura; sin propiciar, apoyar ni restringir ningún tipo de conducta, permitiendo de esta manera un desarrollo integral del individuo” (Planeta Paz S.F. 2).

Un hecho sin precedentes fue la aparición de la Comunidad del Discípulo Amado, el primer colectivo religioso de la ciudad (Gámez, 26) cuyo carácter lo hace excepcional, pues generalmente son los grupos cristianos quienes despiertan mayor rechazo de las orientaciones no heterosexuales.¹⁰

Las organizaciones LGBT fundadas en los años 90 recuperaron algunos repertorios implementados años atrás, como la Marcha del Orgullo Gay el 28 de junio, la conformación de grupos de apoyo para la aceptación de los sujetos y la construcción de identidades, así como las actividades artísticas y culturales. Las redes de significado constituidas por las organizaciones de los años 70 y 80 se convirtieron en puentes entre los viejos y los nuevos integrantes del movimiento, y además sirvieron de soporte a estos últimos para suscitar la movilización y beneficiarse de las oportunidades abiertas por la nueva Constitución (Eyerman, 142). Los distintos grupos LGBT irían más allá que sus antecesores. Siguiendo al sociólogo Manuel Castells, podríamos afirmar que pasaron de una identidad de resistencia,¹¹ evidente en posturas defensivas como la del Movimiento

de Liberación Homosexual, a una identidad proyecto, en la cual los actores sociales LGBT formularon la necesidad de cambiar las estructuras culturales de la sociedad (Castells 1998, 30) respecto del género y la sexualidad a través de la reivindicación simbólica de su identidad diferente, aunque necesariamente igualitaria en términos jurídico-legales con respecto a las mayorías heteronormadas.

Con el fin de aumentar la capacidad movilizadora de los colectivos, desde 1996 se reanudó la marcha del orgullo gay con el lema “Por los derechos humanos y los derechos sexuales de homosexuales y lesbianas en Colombia”. Este eslogan permitió enmarcar uno de los grandes objetivos del grupo y cargarlo de valor para los individuos (Rivas, 208), quienes situaron sus demandas en el debate público mediante una acción peculiar: un recorrido en patines por la Carrera 7^a, desde el Parque Nacional hasta la Calle 72, con una bandera de arco iris de 16 metros que llamó la atención de los transeúntes. Al año siguiente tuvo lugar la semana cultural G&L, convocada por el colectivo del mismo nombre y que culminó el 29 de julio, también con una marcha por la ciudad capital (Gámez, 27). Para fortalecer la identidad, la aceptación social y la construcción de comunidad entre los distintos grupos regionales, facilitar comités de trabajo por intereses, emprender diversas actividades de circulación de información y contactar a organizaciones internacionales (Planeta Paz 2002, 16), en 1998 se puso en marcha el proyecto Agenda 98, que programó diversas actividades de performance, reunión y socialización en todo el país los días 28 de junio, 24 de diciembre y en el Día del Amor y la Amistad.¹²

que se encuentran en posiciones y condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo cual construyen trincheras de resistencia y supervivencia basadas en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad. (Castells 1998, 30), Castells Manuel. El poder de la identidad. Madrid: Alianza, 1998, p. 30.

10 En la actualidad, académicos que se autodefinen como teólogos han criticado las posturas milenarias del cristianismo con respecto a la homosexualidad, enfatizando en que el rechazo hacia estas personas es una postura de la institución y no de la doctrina. (Alison 2006).

11 Castells define la identidad de resistencia como la creada por aquellos actores

12 “Proyecto Agenda/98, Colombia”. Disponible en línea: <http://www.sexonet.tk/offline/alcolombia/agenda98.html> (consultado en mayo 14 de 2013).

Tales repertorios de acción, afincados en la expresión cultural y artística, profundizaron la lucha simbólica por el reconocimiento social de gays, lesbianas, bisexuales y transgeneristas, aunque las acciones colectivas no se instituyeron de forma unívoca alrededor de la pedagogía social. En la misma década, líderes como Germán Humberto Rincón Perffeti y Juan Pablo Ordóñez iniciaron una batalla en el ámbito jurídico, centrada en la defensa de los derechos humanos, uno de los problemas más graves que afronta esa población.¹³ En esa vía, algunos grupos participaron en la creación del nuevo código de convivencia ciudadana impulsado por el entonces alcalde de Bogotá, Antanas Mockus, y, aprovechando la presidencia de Carlos Gaviria Díaz en la Corte Constitucional, se presentaron demandas para defender el derecho de las personas LGBT a pertenecer a las Fuerzas Armadas y la derogación de las sanciones a las que se sometían en el Estatuto Docente, y se reclamaron derechos patrimoniales para las uniones homosexuales (Gámez, 28). Estas iniciativas no tuvieron una sentencia favorable¹⁴ pero posicionaron los temas LGBT en la opinión pública. De acuerdo con Rodrigo Uprimny y Mauricio García, la visibilidad fue la principal ganancia de estos procesos, pues “ha fortalecido la propia identidad y autorrespeto de los homosexuales” a través del cambio en el lenguaje de las sentencias y la introducción de los asuntos LGBT en el “máximo tribunal constitucional”, cosa que contribuyó a que el tema “dejara de ser tabú”.¹⁵

13 Sobre la situación de los derechos humanos del sector LGBT puede verse: Serrano Amaya, José Fernando. Panorama sobre derechos sexuales y reproductivos y políticas públicas en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Escuela de Estudios de Género. Profamilia. Centro Latinoamericano de Sexualidad y Derechos Humanos (Clam)/IMS-Uerj, 2010.

14 Al respecto, Mauricio Albarracín ha mencionado la doble posición de la Corte frente al tema LGBT, pues, por un lado, reconoció y protegió al individuo en algunos espacios, pero, por otro, negó la posibilidad de uniones entre el mismo sexo y la adopción. Albarracín Caballero, 1.

15 García Villegas, Mauricio y Uprimny Yepes, Rodrigo. “Corte Constitucional y emancipación social en Colombia”. Citado en: Albarracín Caballero, 4.

En los años 90 el movimiento LGBT recuperó los repertorios de acción de las organizaciones que lo antecedieron, pero la disputa en el plano institucional se convirtió en la principal innovación de este periodo. Afloraron así organizaciones diversas cuyo espacio de reivindicación se centró en la transformación cultural mediante prácticas artísticas y simbólicas, y, simultáneamente, se intensificó la discusión jurídica para lograr el acceso equitativo a ciertos derechos y actividades afirmativas. En medio de esos dos escenarios, la iniciativa de Planeta Paz constituiría un espacio de encuentro sin precedentes para el movimiento LGBT.

La experiencia Planeta Paz

Entre 2001 y 2002, y con la ayuda del activista Germán Perfetti, la ONG Planeta Paz realizó una serie de encuentros nacionales entre personas de distintas orientaciones sexuales con el propósito de crear espacios de “reconocimiento y reflexión entre las organizaciones, los y las liderazas [...] un esfuerzo sistemático y colectivo de recuperación, enriquecimiento y construcción de identidades al interior de los sectores y de la manera como éstas se cruzan y se encuentran en las dinámicas de construcción intersectorial” (Planeta Paz 2002, 6).

Basados en la metodología de la Educación Popular, es decir, en “las experiencias, las prácticas y los saberes de los sujetos en un contexto de reconocimiento y de pluralidad” (Planeta Paz 2002, 6), la organización posibilitó un espacio de “negociación cultural” para la construcción de una agenda social que no se asemejara a un pliego de peticiones limitado al mejoramiento de ciertas condiciones económicas y sociales. La agenda se trazó como un objetivo en sí mismo, que buscaba articular el movimiento alrededor de una propuesta para reorganizar estructuralmente la sociedad bajo parámetros de inclusión, democracia, equidad y justicia social (Gámez, 27).

La agenda social del sector LGBT fue concebida como un “horizonte de sentido histórico” que dialogara en el ámbito regional para la búsqueda de soluciones del conflicto armado colombiano (Planeta Paz 2002, 10 y 27), pues uno de los sectores más afectados por el mismo era y es precisamente la población LGBT (Planeta Paz 2002, 26). De ese modo, en Planeta Paz se intentó crear una resonancia en los marcos de sentido (Rivas, 190), construidos por las organizaciones LGBT que se encontraron allí, relacionando su discurso sobre la sexualidad y el género con problemas más amplios de la cultura política colombiana, en este caso el conflicto armado, uno de los ejes del debate nacional.

En ningún momento lo que pasó a denominarse como Sector LGBT en los encuentros de Planeta Paz se arrogó el monopolio de la representatividad de las personas “que viven sus cuerpos y sus sexualidades por fuera de las normas que impone el patriarcado, la dicotomía masculino/femenino y su pretendida idea de que existe un «orden natural» o biológico de las culturas”; claramente, este movimiento reconoció los antecedentes de las experiencias de los distintos grupos que hemos descrito atrás. No obstante, adoptar el nombre de Sector LGBT fue para ellos un “intento incluyente” de nombrarse con base en los “géneros y las sexualidades excluidos o marginados social y políticamente” y crear y vincular las luchas por los derechos humanos. Así, el Sector LGBT intentó alcanzar una “presencia política” conjunta de los grupos que actuaban aisladamente, a fin de incidir en el contexto social y cultural desde una “condición particular” (Planeta Paz 2002, 10 y 12).

Según Manuel Castells, la identidad es una fuente de sentido y experiencia, un conjunto relacionado de “atributos culturales al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido” (Castells, 28-29); en esa medida, los encuentros de Planeta Paz, sin desconocer las diferencias de clase, región o cultura (Planeta Paz 2002, 11), permitieron construir un grado de identificación (Melucci, 44)

prioritario alrededor de la sexualidad diversa y los roles de género por fuera de la noción patriarcal. En las relatorías del proceso, los participantes coincidieron en una identidad política y no individual, basada en la “experiencia «diferente» del género y la sexualidad”, ya fuera como una “opción” o “condición”, algo “con lo que se nace”, o “un estilo de vida”, pero en todo caso una vivencia específica de las personas LGBT que marcaba la diferencia y creaba “una especie de «corto circuito» en los sistemas más generales de género y sexualidad” (Planeta Paz 2002, 18).

De ahí que la estructuración de la identidad colectiva subrayara la importancia de la imagen y el tratamiento que la sociedad hace de esta población, a fin de evaluar las expectativas, posibilidades y límites de la acción y los beneficios y costos de llevarla a cabo. Los sujetos y agrupaciones que conformaron el sector LGBT decidieron organizarse “como reacción al aislamiento y la discriminación” y “como búsqueda de sentirse iguales con otras/otros que comparten vivencias similares”. En corolario, el desarrollo personal y la solidaridad afectiva pasaron a ser condiciones para la participación en el movimiento (Melucci, 73-74), y la identidad se visualizó como un elemento aglutinante y a la vez un objetivo de la disputa del sector en medio de relaciones de poder desiguales (Gámez, 18).

La solidaridad y la identidad, como finalidades, son formas novedosas que han adoptado los movimientos sociales en las sociedades postindustriales (Ibarra, 11), a las cuales se suma su operación a través de grupos conectados en redes e inmersos en la vida cotidiana para promover la innovación cultural (Melucci, 74). Esto permite observar los objetivos planteados para el sector LGBT en Planeta Paz, entre los que sobresalen el “autonombramiento”, la visibilización social, familiar y laboral, el “hablar sin temores y abiertamente de la propia vida en el seno familiar”, “compartir sitios de encuentro con personas con similares vivencias” y “poder expresar públicamente el afecto” (Planeta Paz 2002).

La manera como se organizó el sector LGBT en Planeta Paz fue una ganancia para el movimiento, pues la agenda enmarcó el poder patriarcal y heterosexual como el adversario de las organizaciones, pero, más que tomarse el poder para acabar su conflicto (Melucci, 93) con los parámetros normativos heterosexuales y profundamente machistas, el movimiento se planteó el desafío simbólico de esas estructuras dominantes, la enunciación de los mecanismos de control que limitan ámbitos mucho más amplios de la vida y la convivencia de la diversidad y capacidad de decisión de los actores en las decisiones políticas (Melucci, 76). En las relatorías, los actores expresaron estas preocupaciones del movimiento de la siguiente forma:

Nos nombramos y somos nombrados dentro de las lógicas patriarcales, machistas y excluyentes de la sociedad en que vivimos, y con ello y en ello buscamos también algo que nos permita decir “somos diferentes”, siendo esa diferencia la que motiva a una organización. (Planeta Paz 2002, 19)

Pasar de la individualidad a un sujeto colectivo fue el primer proceso que se realizó para facilitar esa organización en la experiencia Planeta Paz. Inicialmente, el Primer Taller de construcción de narrativas, orales y escritas, intentó propiciar un sentido afirmativo de la diferencia e impulsar el reconocimiento corporal de la subjetividad erótica de líderes y participantes. Posteriormente, los grupos localizaron eventos, sensaciones, reivindicaciones y cambios compartidos que fomentaron sentidos de pertenencia grupal hacia el sector y frente a la sociedad (Planeta Paz 2002, 22). Así se determinaron objetivos comunes, como la salud sexual y reproductiva, los derechos humanos (denuncia y monitoreo de violencias focalizadas por género y sexualidad, acoso policial y crímenes de odio) y la educación e investigación en temas de género y sexualidad que, si bien tenían órdenes de prioridad diversos para cada uno de los grupos de lesbianas, gays, transexuales y bisexuales, también permitían el fortalecimiento de la organización

al articular los grupos de cada una de las orientaciones sexuales (Planeta Paz 2002, 20 y 27).

Finalmente, la experiencia Planeta Paz centró su atención en la consolidación del sector LGBT como sujeto político, y aunque declaró ésta como una tarea pendiente, debido a la escasa información sobre la afectación de estas personas en el conflicto armado colombiano y la baja autopercepción como sujetos de derechos, planteó algunas actividades concretas en esa vía: impulsar proyectos de ley sobre reconocimiento de derechos del sector; crear una red nacional que comandara y articulara procesos aislados hasta el momento; vincular al sector con otros movimientos sociales y, por último, formar nuevos liderazgos para el relevo generacional (Planeta Paz 2002, 23-24 y 27).

Bajo el lema “El cuerpo como primer territorio de paz”, el sector LGBT guió estas propuestas hacia el problema del conflicto armado colombiano, al atacar en forma pedagógica el origen de la violencia física y simbólica. Se propusieron campañas nacionales y regionales de sensibilización sobre violencias implícitas y explícitas, para “aprender y desaprender los roles de género”, relacionar los distintos sectores, formar periodistas y medios masivos y alternativos para el “abordaje y construcción de la noticia en el sector LGBT de una manera real, incluyente y rigurosa”, recolectar documentación bibliográfica y vivencial sobre los sectores, enseñar y capacitar a la Policía Nacional en el trato a personas con orientación sexual diversa y desarrollar actividades artísticas, pedagógicas y culturales para promover el respeto a la diferencia, relacionar los y las dirigentes de los distintos sectores y reivindicar otros tipos de pareja diferente de la familia hegemónica (Planeta Paz 2002,39). Además, esta experiencia permitió un examen de las múltiples organizaciones que para ese momento se habían conformado bajo el lema LGBT, ya que, además de aquellas consolidadas en los años 90, para 2003 se habían constituido los colectivos Grupo de Madres Lesbianas,

Labrys, Cortrasgénero, Recolvih, Red Académica de Investigación sobre Temas LGBTQ y las minorías sexuales del Polo Democrático y del Partido Liberal Colombiano.

La tarea política se declaró como una labor por desarrollar, pero la constitución de comités por áreas temáticas (Derechos Humanos, Salud, Política Nacional, Educación, Cultura) y la conformación de mesas regionales por parte de Planeta Paz tendrían una amplia trascendencia para llevar a cabo ciertos objetivos en años posteriores, sobre todo en Bogotá.

La Mesa LGBT Bogotá y la alcaldía de Lucho Garzón. ¿Captura y ocaso del movimiento?

En Bogotá, el encuentro del sector LGBT efectuado en Planeta Paz tuvo eco en algunos sectores políticos, y ya en 2002 el movimiento era visto como un bastión electoral por conquistar. Luego de manifestar su apoyo al proyecto de ley que reconocía la unión de parejas del mismo sexo, Luis Eduardo Garzón, entonces candidato presidencial, logró un acuerdo con el movimiento basado en las siguientes promesas: 1. Buscar “un mayor compromiso del Estado frente a la investigación y sanciones a que den lugar las denuncias de violación de derechos humanos que involucren a la gente LGBT”. 2. Citar a debates públicos a los funcionarios por las omisiones o acciones “de los organismos de Seguridad del Estado o autoridades de cualquier orden, frente a las denuncias surgidas a partir de las problemáticas de las personas LGBT”. 3. Promover “un mayor compromiso del Estado frente a la temática de la infección por el VIH y el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (sida)”. 4. Realizar un seguimiento de los “acuerdos internacionales suscritos por Colombia y que estén relacionados con los derechos humanos y especialmente los de los gays, lesbianas, bisexuales y transgeneristas”. 5. Impulsar “condiciones que garanticen, tanto en la ley como en su cumplimiento efectivo, un acceso equitativo de las personas LGBT a la salud

pública”, la educación y la participación ciudadana en todos los ámbitos. De igual forma, Garzón pugnó por una reforma para evitar los “maltratos desde los medios de comunicación a las personas con diferentes opciones sexuales y de género” y dio su palabra de que iba a desarrollar “estrategias encaminadas a la visibilización, educación y sensibilización de las personas del común acerca de la identidad y el verdadero actuar de quienes son juzgados de forma permanente por la sociedad” (Planeta Paz S.F. 1 y 4).

Garzón no ganó las elecciones presidenciales pero el sector LGBT entendió las posibilidades que representaba buscar aliados potenciales en el ámbito político, por lo cual la mesa LGBT Bogotá, que desde 2003 se había convertido en el principal espacio de iniciativas, deliberación e interlocución del sector en la capital, decidió apoyar las candidaturas al Congreso de Carlos Vicente de Roux, Gilma Jiménez, Piedad Córdoba, Gina Parody y Cecilia López y nuevamente suscribió un acuerdo con Luis Eduardo Garzón, ahora candidato a la alcaldía de Bogotá.

El preacuerdo entre Garzón y el sector LGBT planteó como su objetivo “promover de manera efectiva y eficaz el desarrollo integral, la igualdad, la equidad y la no discriminación de estas personas por motivos de su opción sexual o de género”, garantizar el ejercicio de todos sus derechos e “instituir acciones afirmativas orientadas a superar la exclusión económica, social, política y cultural de esta población en Bogotá”, especialmente en los servicios de educación, salud y seguridad (Gámez, 37).

Tras la victoria de Garzón y de todos los candidatos al Congreso que fueron apoyados por el sector en las elecciones de 2004, se creó en la capital el lema “Bogotá sin Homofobia”, y ese mismo año “Lucho” se convertiría en el primer alcalde colombiano en integrarse a una marcha LGBT. Potenciado por la apertura institucional de la Alcaldía, el movimiento se revitalizó en Bogotá a partir de 2006, denunció

públicamente la violencia de la que era víctima, realizó carnavales y otras festividades y, posicionando símbolos como la bandera de arcoiris, se unió a debates de carácter nacional (Gámez, 35-36).

El proyecto “Bogotá diversa. Chapinero diverso”, lanzado en el reconocido bar Theatron, oficializó la política pública LGBT de Garzón y proporcionó los recursos para la formación del Centro LGBT, que materializó la intención de “informar, orientar, difundir, divulgar, proteger y educar en torno a los Derechos Humanos de la población”, brindar “asesoría legal y psicológica, no solo a la comunidad LGBT sino también a sus familiares, y establecer un espacio de homosocialización” (Hoyos 2008, 8). Asimismo, el alcalde instituyó en la Policía la figura del oficial de enlace encargado de los asuntos del sector, y a partir de la aparición, ese mismo año, del Instituto Distrital de Participación y Acción Comunal (Idpac), se conformó la Dirección de Diversidad Sexual, a cargo de la activista Ana Lucía Ramírez (Ibid, 9).

En 2007 fue promulgado el anhelado Decreto 608, mediante el cual se creó la Subsecretaría de Mujer, Géneros y Diversidad Sexual, dependiente de la Secretaría Distrital de Planeación,¹⁶ con lo cual se hizo realidad en Bogotá la política pública LGBT, un hecho sin antecedentes en el país. El arribo de Garzón al poder significó una nueva oportunidad política para el movimiento, que se vio favorecido por esa coyuntura; eso, sumado a la experiencia de Planeta Paz que había posibilitado la configuración de marcos de sentido e identidades para la acción, permitió la institucionalización de una política pública que introdujo las demandas LGBT en el Estado.

El Decreto 608 de 2007 se planteó “mejorar la capacidad de acción y de respuesta de las instituciones del Distrito ante la vulneración de derechos a las personas de los sectores LGBT”, optimizar conocimientos, habilidades y actitudes en las entidades del Distrito relacionadas con este sector, eliminar “barreras y prejuicios que impiden a las personas de los sectores LGBT el uso y aprovechamiento de los sistemas de servicios públicos sociales”, apoyar “los procesos organizativos de los sectores LGBT con miras a incrementar su capacidad de incidencia en asuntos de interés público” y permitir, mediante la educación y la comunicación, “nuevas representaciones sociales sobre las identidades de género y las orientaciones sexuales” (Ibid).

No obstante, la situación se tornó difícil cuando el apoyo expresado por el alcalde Garzón empezó a incentivar protestas y movilizaciones de algunos grupos religiosos y Skinheads, mientras la creación de la “Alianza Distrital por la Ciudadanía Plena de los Derechos de las Personas con Orientaciones Sexuales e Identidades de Género no Normativas” fue vista por muchos grupos y activistas como la inmersión de la Alcaldía y la política partidista en la Mesa LGBT, que se había construido de forma autónoma en Planeta Paz. En consecuencia, la Mesa rompió sus vínculos con dicha entidad y muchos de sus miembros se integraron laboralmente al Distrito, mientras otros desertaron para conformar o dar continuidad a sus propias organizaciones (Gámez, 35, 39-40).

A pesar del pronóstico negativo dado por Carlos Gámez en su estudio, en el cual afirma que, después del Decreto 608 de 2007, “elementos del movimiento tales como la solidaridad, sus objetivos comunes, su mantenimiento de la acción colectiva y sus estructuras organizativas que vinculan a los líderes con su base poblacional se han debilitado y están vulnerables al ataque de adversarios”, podemos afirmar que el decreto posicionó e hizo visible la fuerza del movimiento para alcanzar la garantía plena de sus derechos, el desarrollo de instituciones para

16 Alcaldía Mayor de Bogotá. Decreto 608 de 2007 (diciembre 28). Disponible en línea: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=28145> (consultado en mayo 12 de 2013).

el reconocimiento de esas prerrogativas y la promoción de la cultura ciudadana orientada a asegurar una vida libre de violencias. Las acciones afirmativas formuladas en el Decreto buscaron una eficacia instrumental, es decir, hacer cumplir mediante una norma la igualdad de derechos del sector LGBT y, sobre todo, representaron una eficacia en términos simbólicos, al proponerse transformar los imaginarios culturales de la ciudad (hoyos, 2-3). El derecho es una manera de “visibilizar un sector vulnerado”, y, al situar la vida privada de estas personas en la esfera pública, pueden producirse “realidades alternativas” para que los sujetos sean reconocidos y respetados, y, cuando eso sucede, se convierten en un fin en sí mismo (Hoyos, 11).

Acudiendo a los planteamientos de Leopoldo Múnera, la afinidad en los marcos de sentido, en este caso entre la Alcaldía de Garzón y el movimiento LGBT, originó una relación de interioridad-exterioridad en la cual este último factor se ubicó dentro y fuera del Estado con el fin de transformar las relaciones de poder en el terreno social y en las instituciones que lo sintetizan, evitando una dominación de abajo hacia arriba o de arriba hacia abajo (Múnera, 56). El Decreto 608 de 2007 y los activistas integrados al Distrito son solamente algunos ejemplos de esa lucha del movimiento dentro de las entidades de gobierno, sumados a otros, como la organización Colombia Diversa, creada en 2004, que ha tenido como objetivo la construcción de redes y alianzas políticas destinadas a incidir en el Congreso y, más que nada, en la Corte Constitucional, y ha logrado las Sentencias C-075 de 2007 y C-811 de 2007, que reconocen a las parejas del mismo sexo derechos patrimoniales y de acceso a los servicios de salud (Castelar 2008, 107-114).

La incidencia de grupos, organizaciones e individuos en el plano estatal y la introducción de ciertas demandas LGBT en la agenda nacional, han provocado divisiones en el movimiento pero, sin duda, también han fortalecido su acción colectiva. Hacia 2008 existían en Bogotá más de 50 organizaciones LGBT (Gámez, 38) y simultáneamente con

el trabajo jurídico e institucional se han abierto espacios públicos alternativos para esta comunidad, como el Ciclo Rosa, en el cual se conjugan la reflexión académica y la muestra audiovisual.¹⁷

Los diversos grupos de lesbianas, gays, transexuales, transgeneristas y bisexuales han estructurado sistemas de acción basados en redes informales, con una militancia transitoria que lucha por objetivos, creencias e identidades comunes (Melucci, 38 y 73) y moviliza recursos humanos, económicos, simbólicos, artísticos y culturales. Con una amplia participación de sectores asociados al trabajo tecnológico e informático (Melucci, 72), el movimiento LGBT ha diversificado su repertorio de acción y llegado, a través de la internet, a un sector extenso de participantes (Melucci, 73)¹⁸.

Basadas en la solidaridad, las diversas organizaciones, personas y grupos que hoy componen el movimiento LGBT reivindican su autonomía para producir el sentido de su actuación, su identidad, su proyecto de vida y sus decisiones (Melucci, 89), reconociéndose como miembros de una sociedad desigual donde su ser se considera conflictivo con las normas del género y la sexualidad de la mayoría, pero es allí donde está la promesa de su continuidad.

17 Al momento de escribir este artículo, el Ciclo Rosa, que desde 2001 se realizaba en las instalaciones de la Pontificia Universidad Javeriana, fue expulsado de dicho lugar por “decisión de altas instancias de la iglesia católica”, pero continúa llevándose a cabo en el Museo de Arte del Banco de la República. “Ciclo Rosa sale de la universidad”. El Espectador, agosto 13 de 2013. Disponible en línea: <http://www.elespectador.com/noticias/politica/ciclo-rosa-sale-de-universidad-articulo-439873> (consultado en septiembre 1 de 2013).

18 A través de sus múltiples organizaciones, el movimiento LGBT se ha posicionado en varios sitios la web, como eledenradio.net, radiodiversia.com, el canal de youtubemiaunderground, sentiido.com y colombiadiversa.org, entre otros, y existen grupos que se organizan electrónicamente, como el Grupo Lésbico Colombiano (Gámez, 16).

Conclusiones

La historia del movimiento LGBTi es, indudablemente, una historia de la interacción y negociación de diversos grupos para insertarse en una lucha por los significados sociales de la sexualidad y el género. De acuerdo con la historiadora Joan Scott, el género es el resultado de la puesta en marcha de mecanismos simbólicos e institucionales que producen y limitan la significación de ser hombre o ser mujer y establecen sus jerarquías y relaciones “correctas”. Con ello se posiciona un sentido hegemónico y supuestamente natural que limita las subjetividades y borra la conflictividad y el debate entre las nociones políticas y las organizaciones sociales, que reproducen o subvierten la norma heterosexual y patriarcal (Scott 2008, 64-68). De ahí que el movimiento LGBT no se preocupe por cuestionar el sistema de asignación y distribución de recursos (Hoyos, 18) sino que luche por instaurar renovados marcos de significación, pues solamente una nueva concepción de la sexualidad y el género le permitirá alcanzar equidad en términos jurídicos, económicos y sociales.

En ese sentido, considero que el movimiento LGBT presenta formas renovadas de acción colectiva, pues ha cuestionado un estado de cosas cuya legitimidad y sentido se daban como hechos naturales antes de su aparición y que ha recogido de cierta manera las características de la sociedad actual, individualizada y mediada por una cultura de la comunicación espontánea, rápida y siempre coyuntural, pero también con capacidades de pactar objetivos por los cuales vale la pena luchar. Así, la justicia, la libertad y la solidaridad son ejes centrales de este movimiento, que, al defender y profundizar unos valores democráticos que lo alejan de instancias tradicionales, como los partidos y las ideologías, busca asirse al control político y económico para provocar, a partir de dichas estructuras, el cambio social (Delgado 2007, 46).

De acuerdo con André Gunder Frank y Marta Fuentes, al hablar de nuevos movimientos sociales surgen varios peligros, pues ellos pueden ser formas novedosas de antiguos colectivos, grupos alimentados por cuadros desilusionados de ellos, partidos políticos que se autodenominan movimientos sin serlo, o agrupaciones monoclásistas que responden a un llamado específico pero sin militancia o sentido de pertenencia (Gunter y Fuentes 1989, 21-43, 23-24). No obstante, considero que el movimiento LGBT es un nuevo movimiento social, por varias razones.

Frank y Fuentes sostienen que solamente los movimientos pacifistas y ambientalistas pueden catalogarse como nuevos, porque obedecen a necesidades sociales recientemente creadas. En corolario, estos autores aseveran que nada tiene de novedoso un movimiento como el de las mujeres, pues ya en el Antiguo Régimen la quema de brujas había provocado acciones colectivas femeninas. Aquí vale la pena recordar que no todo acto de un grupo puede ser considerado un movimiento social, pues, en el caso de las feministas, ellas han forjado demandas políticas a partir de una identidad que cuestiona el sexo/género y la diferencia sexual como categorías que organizan las relaciones de poder en la sociedad, algo de lo cual carece cualquier “movimiento” precedente (Scott 2011, 100).

De igual manera, la figura del homosexual es una construcción del siglo XIX, cuando los comportamientos “sodomíticos” dejaron de ser concebidos como actos pecaminosos aislados para convertirse en identidades creadas discursivamente y ancladas en el cuerpo de sujetos que fueron catalogados como enfermos o pervertidos por los sistemas de saber y poder (Bustamante 2004, 126). En esa medida, el movimiento LGBT ha revestido de nuevos sentidos tales discursos, para rescatar los solapamientos, huecos, posibilidades, disonancias, lapsos y excesos de la norma heterosexual y patriarcal, convirtiendo el lenguaje en la forma de producir efectos de identidad, de resistencia al sometimiento y de desafío, para crear posiciones

de reivindicación de sujetos marginados por su orientación sexual y sus cuestionamientos de los papeles de género instituidos (Sedgwick 2002, 38 y 41).

Obviamente, no hay que olvidar lo que comparten movimientos antiguos y nuevos, pues no solamente sirve “para luchar en contra de la privación sino que, al hacerlo, también reafirma[n] la identidad de las personas activas en el movimiento, y tal vez también la de aquellos ‘nosotros’ por los que el movimiento actúa” (Gunter y Fuentes 26). Es fundamental rescatar las identidades que están en juego en el movimiento LGBT, toda vez que la clase, el género e incluso la raza no son vistas por él desde una perspectiva aditiva, en la cual una prevalece o determina las otras, sino que todas son formas de subordinación que hacen parte de lo que Patricia Hill Collins ha denominado una matriz de dominación, donde estas formas de opresión se construyen mutuamente para consolidar jerarquías basadas en una supuesta realidad ontológica a la que se le niega su historicidad (Viveros 2009, 77).

La idea de que los movimientos sociales, para serlo, deben responder a “las razones y los determinantes” de ciclos políticos o económicos, pues estos crean y agravan los sentimientos de privación cultural y de identidad (Gunter y Fuentes, 28), debe ser revisada, pues, desde mi punto de vista, los sujetos y sus reivindicaciones en el campo simbólico pueden ser independientes de las transformaciones estructurales de la sociedad, aunque estén relacionados con ella. Así, la demanda de equidad en términos de acceso a recursos y derechos está apoyada en un cambio en los cimientos culturales de la sociedad, donde la homogeneidad y el orden moral se ven como ideales para la democracia. En ese sentido, posicionarse en los sistemas democráticos con base en la diferencia no hace al movimiento LGBT reformista, regresivo o defensivo, sino un colectivo que persigue un lugar que le ha sido vedado.

En ese encadenamiento de ideas, considero que las oportunidades políticas no son únicamente aperturas en el acceso al poder originadas externamente por el debilitamiento de la elite o los cambios en los alineamientos gubernamentales (Tarrow, 50), ya que, por un lado, ellas pueden ser promovidas por sectores sociales alternativos, como en el caso de Planeta Paz, y, por otro, son aprovechadas solamente en la medida en que existen colectivos previamente constituidos que las ven como una posibilidad. El Mlhc y las organizaciones formadas entre 1976 y 1990 estuvieron ausentes del proceso constitucional de 1991, pero habían librado batallas por despenalizar la homosexualidad y utilizaron la acción de tutela, el derecho al libre desarrollo de la personalidad y la Corte Constitucional como mecanismos para reivindicar sus derechos, aun cuando éstos no habían sido instituidos para ese fin.

Finalmente, es importante subrayar que el movimiento LGBT ha trabajado desde hace más de cuatro decenios en la conformación de identidades y marcos de sentido que le permitan acciones, separadas o conjuntas, enderezadas a mitigar el problema de segregación al que está sometido, privilegiando los repertorios de acción de carácter artístico, cultural y virtual. No por ello han descartado el espacio institucional, pues asociaciones unificadas, ONG y funcionarios particulares han pretendido dar la batalla en términos jurídicos y políticos, para posicionar las demandas del sector LGBT en la agenda legislativa nacional y local. Esto último no ha diezmado al movimiento, sino que ha proporcionado “vocabularios, marcas o rasgos distintivos que definen un sentido de pertenencia” (Delgado, 58), desligado de una acción unificada pero útil para que los militantes construyan sus identidades individuales y compartan símbolos y representaciones del mundo que les sirvan para situar su lucha en el escenario público. Las reivindicaciones de este movimiento cuestionan la separación del campo cultural y el político, pues el primero produce y arraiga poderosos aparatos de discriminación y jerarquía y el segundo utiliza el saber y los símbolos para ratificar relaciones de poder que afectan a todos los ámbitos de la vida social.

Bibliografía

- Alcaldía Mayor de Bogotá. Decreto 608 de 2007 (diciembre 28). Disponible en línea: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=28145> (consultado en mayo 12 de 2013).
- Albarracín Caballero, Mauricio (2009). Constitución, movimiento LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas) y orientación sexual: una historia legal reciente. Ponencia presentada en el Seminario Constitución 2011. Universidad de los Andes, 21 y 22 de agosto de 2009. Disponible en línea: <http://proyectoconstitucion2011.uniandes.edu.co/conferencias/docs/p%20movimiento%20LGBT.pdf> (consultado en mayo 15 de 2013).
- Alison, James (2006). “Fragmentos católicos en clave gay”, en: Serrano Amaya, José Fernando [ed.]. Otros cuerpos otras sexualidades. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2006, p. 70-87.
- Bustamante Tejada, Walter Alonso (2008). “El delito de acceso carnal homosexual en Colombia. Entre la homofobia de la medicina psiquiátrica y el orden patriarcal legal”. Revista Co-herencia, vol. 5, No. 9, julio-diciembre.
- Bustamante Tejada, Walter (2004). Invisibles en Antioquia 1886-1936. Una arqueología de los discursos sobre la homosexualidad. Medellín: La Carreta Editores.
- Castelar, Andrés Felipe (2008). “No hay igualdad sin diferencia”: conversación con Marcela Sánchez. La manzana de la discordia, julio-diciembre, vol. 3, No. 2: 107-114.
- Castells, Manuel (1998). El poder de la identidad. Madrid: Alianza.
- Constitución Política de Colombia, 1991. Disponible en línea: <http://www.banrep.gov.co/regimen/resoluciones/cp91.pdf> (consultado en mayo 22 de 2013).
- Cuartas Rodríguez, Pilar (2013). “LGBTi se discriminan entre ellos”. El Espectador, febrero 20 de 2013. <http://www.elespectador.com/noticias/actualidad/vivir/articulo-406006-LGBTi-se-discriminan-entre-ellos> (consultado en mayo 13 de 2013).
- Decreto 100 de 1980. Diario Oficial No. 35.461 de febrero 20 de 1980. Disponible en línea: ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/codigo/codigo_penal_1980.html (consultado en junio 20 de 2013).
- Delgado Salazar, Ricardo (2007). “Los marcos de acción colectiva y sus implicaciones culturales en la construcción de ciudadanía”. Universitas Humanística No. 64, julio-diciembre, p. 41-66.
- El Espectador. “Ciclo Rosa sale de la universidad”. Agosto 13 de 2013. Disponible en línea: <http://www.elespectador.com/noticias/politica/ciclo-rosa-sale-de-universidad-articulo-439873> (consultado en septiembre 1 de 2013).
- El Mundo. “Cuando la homosexualidad se consideraba una enfermedad”, junio 24 de 2005. Disponible en línea: <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2005/06/24/medicina/1119625636.html> (consultado en junio 19 de 2013).
- El Otro. Medellín, 2001.

Eyerman, Ron (1998). “La praxis cultural de los movimientos sociales”. En: Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (editores). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998.

Gámez Rodríguez, Carlos Alberto (2008). *Logros y desafíos del movimiento LGBT de Bogotá para el reconocimiento de sus derechos. Una mirada desde la acción colectiva, las estructuras de oportunidad y la política cultural*. Tesis para optar al título de Politólogo. Pontificia Universidad Javeriana.

Gunter Frank, André y Fuentes, Marta (1989). “Diez tesis acerca de los movimientos sociales”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 51, No. 4 (oct.-dic.), p. 21-43.

Hoyos Casas, María Camila (2008). “LGBT: Lucho Garzón, Bogotá Tolerante. De la eficacia simbólica y las acciones afirmativas como fines en sí mismos. Estudio sobre la apertura de canales institucionales a la participación LGBT en la ciudad de Bogotá”. I Congreso de Ciencia Política, Asociación Colombiana de Ciencia Política (Accpol). Bogotá: Universidad de los Andes, 30 de septiembre a 4 de octubre.

Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (editores) (1998). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.

Melucci, Alberto (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Colegio de México.

Múnera Ruiz, Leopoldo (2012). “Movimientos sociales en América Latina: entre la forma-comunidad y la forma-Estado”. En: Zelik, Raúl. *¿Otros mundos posibles? Crisis, gobiernos progresistas, alternativas de sociedad*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia-Fundación Rosa Luxemburg.

Noir, Raúl Andrés. “Sobre el movimiento Lghbt (Lésbico-Gay-Homosexual-Bisexual-Transgénero)”. *Revista Electrónica de Psicología Política*, año 8, N° 22, marzo-abril, 2010, p. 134. Disponible en línea: http://www.psicopol.unsl.edu.ar/abril2010_Nota8.pdf (consultado en mayo 25 de 2013).

Planeta Paz (2002). *Documentos de caracterización sectorial. Sector LGBT*. Diciembre de 2002. Disponible en línea: http://www.planetapaz.org/index.php/biblioteca6/nuestras-publicaciones/doc_download/112-LGBT (consultado en mayo 27 de 2013).

Planeta Paz. (S.F.) *Documento de análisis. Propuestas Sector LGBT*. Manuscrito sin publicar.

“Proyecto Agenda/98-Colombia”. Disponible en línea: <http://www.sexonet.tk/offline/alcolombia/agenda98.html> (consultado en mayo 14 de 2013).

Sánchez Avella, César Augusto (2011). “¿Marchar o no marchar? Esa es la cuestión: movilización legal en tiempos de agitación para los sectores LGBT en Colombia”. *Revista Via Iuris*, No. 10, enero-junio, p. 157-166.

Scott, Joan W (2008). “El género: una categoría útil para el análisis histórico” En: Género e Historia. México: Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma de la Ciudad de México..

Scott, Joan W (2011). “Género: ¿todavía una categoría útil para el análisis?”. La Manzana de la Discordia, enero-junio, vol. 6, No 1, p. 95-101.

Secretaría de Integración Social. Marcha por la ciudadanía LGBT. Disponible en línea: <http://www.integracionsocial.gov.co/modulos/contenido/default.asp?idmodulo=886> (consultado en junio 23 de 2013).

Sedgwick, EveKosofsky (2002). “A(queer) y ahora”. En: Rafael M. Mérida Jiménez (ed.) Sexualidades transgresoras. Una antología de los estudios Queer. Barcelona: Icaria.

Serrano Amaya, José Fernando [ed.] (2006). Otros cuerpos otras sexualidades. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Serrano Amaya, José Fernando (2010). Panorama sobre derechos sexuales y reproductivos y políticas públicas en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Escuela de Estudios de Género. Profamilia. Centro Latinoamericano de Sexualidad y Derechos Humanos (Clam)/IMS-Uerj.

Tarrow, Sydney (1997). El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política. Madrid: Editorial Alianza.

Velandia, Manuel (1979). “¿Un movimiento de liberación homosexual, para qué? Primer manifiesto por los derechos homosexuales en Colombia”. Revista Ventana Gay, N° 1. Bogotá, 28 de junio.

Viveros Vigoya, Mara (2009). “La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual”. Revista Latinoamericana de Estudios de Familia, vol. 1, enero-diciembre, p. 63-81.